

entera. Reorganización de la Universidad, fundación de escuelas, alimentación de los niños pobres por cuenta del Estado, creación de profesores honorarios que vayan a emprender una cruzada voluntaria extirpadora del analfabetismo: he aquí algunas de las primeras cosas hechas. Entre los profesores honorarios se designan jefes de manzanas para que dirijan la campaña contra los analfabetos como quien ataca focos de infección en tiempos de epidemia.

Luego han venido las bibliotecas públicas difundidas ampliamente. Se funda la excelente revista de vulgarización científica, literaria y pedagógica «El Maestro». Se empiezan a hacer por el Gobierno y la Universidad ediciones baratísimas de las obras clásicas antiguas y modernas de mayor importancia, para que lleguen a las manos de todos los ciudadanos. Ya han salido a la luz obras de Homero, de Platón y de Eurípides.

Nacionalismo continental.

Como resortes poderosos de este movimiento encontramos el amor a la patria y el amor a la raza hispano-americana. En términos brillantes y valientes nos ha presentado el distinguido ministro de aquel país, señor Trejo Lerdo de Tejada, el cuadro del nacionalismo mejicano. No quieren los mejicanos europeísmos a la pega. Se estimula el mantenimiento y cultivo de todo lo que es de la tierra y de la sangre de Anahuac. La alfarería indígena y las telas de brillantes colores, tejidas por los indios o los mestizos, suministran los mejores adornos interiores de las habitaciones. Las clases altas usan el traje genuinamente popular en reuniones sociales y actos públicos. Se conservan y estilizan, como una preciosa herencia, los innumerables monumentos arquitectónicos dejados por los aztecas y la colonia. En fábricas subvencionadas por el Gobierno se hacen admirables vaciados y reproducciones de obras de arte de la época precortesiana y del período colonial, que se venden a precios muy reducidos para ponerlos al alcance de todo el mundo. En Méjico,—lo que será motivo de no poca sorpresa para nosotros,—hasta la música que se ejecuta ordinariamente es nacional. No se quieren diletantismos extranjeros, sino arte indígena y criollo.

Este intenso nacionalismo se armoniza con el sentimiento del más puro latino americanismo. Da fe de esta orientación del alma mejicana el conceptuoso escudo de la Universidad Nacional de Méjico, adoptado durante el rectorado del señor José Vasconcelos. En el campo del escudo se diseña

el mapa de la América Latina, desde el río Grande o Bravo del Norte hasta el Cabo de Hornos. Como aves heráldicas se yerguen a un lado el águila mejicana y al otro el cóndor andino. Rodeando el escudo se lee como lema: «Por mi raza hablará el espíritu».

¡Hermoso simbolismo y bella leyenda! El espíritu: esto es, lo que ha de ser, las potencialidades del porvenir, hablarán por nuestra raza. Es la aceptación de las esperanzas redentoras puestas por la humanidad en nuestra estirpe. ¡Cuánta unción mística, cuánta intuición panteísta revelan además esas palabras!

Todo hispano-americano debe mirar



con cariño ese escudo y sentir gratitud hacia el hombre que lo ideó.

El portavoz de la renovación mejicana.

Hombre representativo y uno de los conductores del actual movimiento mejicano es el señor Vasconcelos.

Pensador de una vasta cultura, ha ahondado en los secretos de las civilizaciones clásicas más originales y de más valor, como son la griega y la india. Así lo indican sus obras «Estudios indostánicos» y «Pitágoras». Ha escrito, además, «Monismo estético». Ha penetrado en la obra del Dante con la maestría de un especialista y la intuición de un filósofo inspirado.

Su labor, como rector de la Universidad y como Ministro de Educación, ha sido múltiple. A todo ha prestado su atención infatigable: desde planear leyes de reforma orgánica hasta lanzar proclamas razonadas a los jóvenes sobre de qué autores deben hacer sus lecturas favoritas. Ha recomendado especialmente a Romain Rolland, Pérez Galdós y Tolstoy, como portavoces del más alto evangelio humano de amor a la vida, de bondad y de justicia.

El amor a la raza del señor Vasconcelos no se reduce a meras declaracio-

nes en ceremonias oficiales, ni es tan sólo contemplativo de glorias pasadas y de una tradición estática. Es activo, dinámico, constructivo. «Veneremos las glorias del pasado, ha dicho; pero nuestra raza no está muerta, y por lo mismo no debe bastarle con el pasado; no sólo no está muerta, sino que tiene plena confianza de que sus días mejores han de cumplirse en el porvenir». Condición precisa de este porvenir es la libertad. «Ningún día es glorioso si no lo alumbró la libertad». Como amor espiritual que es el de la raza, esta libertad ha de ir a fecundar sobre todo la vida del pensamiento y la de ese tesoro común que es la más rica herencia de nuestra prosapia española, nuestra lengua.

No vacilo en decir que el señor Vasconcelos por sus obras, sus discursos, y principalmente por su acción henchida de fe, es en estos momentos el primer educador de la América Latina.

Vasconcelos en Chile.

Este hombre ilustre, cuya grandeza y valor moral tienen irradiaciones edificantes, ha pasado por Santiago de Chile suscitando escándalos en ciertos elementos.

Este hombre, que ha buscado con su amplio pensamiento en las tribulaciones de Pitágoras y de Platón, de Buda, Jesús y el Dante; que ha sabido encontrar en todo el haz del planeta, fuera de los oropeles oficiales, los vínculos de la más noble confraternidad espiritual desde nuestra Gabriela Mistral hasta Romain Rolland, ha sido tratado con hostilidad arisca por ciertas mentalidades. No quieren evolucionar y no son capaces de comprender y tolerar la evolución de los demás.

No hay que buscar en vanos detalles la razón de la alarma provocada por el señor Vasconcelos.

Dejemos a un lado sus expresiones relativas al ejército, que él ha explicado satisfactoriamente. Su internacionalismo no es para inquietar a nadie en estos tiempos en que existe una Liga de las Naciones, una Unión Panamericana, en que se habla de una Liga de las Naciones del Nuevo Mundo, y en que el conocido escritor inglés H. G. Wells ha lanzado la idea de organizar el Estado Mundial como única manera de salvar a nuestra civilización de una catástrofe irreparable. Nuestro reputado juriconsulto, Alejandro Alvarez ha sustentado también, si mal no recuerdo, en publicaciones recientes, la idea del Estado Mundial. Además, el internacionalismo del señor Vasconcelos, a juzgar por todas sus manifestaciones, se reduce principalmente a los pueblos hispano-americanos y no se halla reñido con el